Adriana Puiggrós

## *Gabriel Kessler*

# Un mapa de época

Quiero comenzar preguntándote por el título de tu último libro, *La ¿nueva? estructura social en América Latina*. La cuestión de la "¿nueva?" es interesante. Por otra parte, observás que el período 2000-2020 "se caracterizó más por una disminución de la exclusión que por un avance concreto en términos de igualdad" (Kessler y Benza, 2020, p. 175). ¿Podrías desarrollar esta idea? ¿Qué papel jugó la educación en esa dinámica?

Lo que nosotros decimos es que, si uno toma el período posneoliberal o progresista, por llamarlo de algún modo, del 2000 al 2015, la primera década y media del siglo XXI, lo que se encuentra es un fenómeno paradójico. Por un lado, mejoran todos los indicadores sociales y económicos en materia de salud, educación, vivienda, ingresos, todos los indicadores mejoran, en estos años, los pobres se vuelven menos pobres. Pero, al mismo tiempo, se observa que los ricos se vuelven más ricos. Entonces, lo que se ve, es que con los gobiernos progresistas, pero también en países gobernados por la derecha, como Perú, lo que se genera, comparado con el período neoliberal, son redes de protección que crea el Estado, como en Argentina la AUH y otras experiencias similares en toda América Latina, que hacen que la exclusión disminuya. Esto también se ve en programas de salud, en países donde había muchas poblaciones sin ningún tipo de protección; se ve también en la extensión, en países como Argentina, de las jubilaciones y, en el resto de América Latina, de las pensiones no contributivas para adultos mayores (es decir, para aquellos adultos y adultas que no accedieron a una protección social porque tenían un trabajo informal).

Revista Argentina de Investigación Educativa
vol. I • nro. 1 • junio de 2021 • pp. 141-154
RAIE

Se genera, entonces, toda una red de protección que hace que, si uno compara cómo llega América Latina al 2000, cuando hay millones de latinoamericanos, y sobre todo de latinoamericanas, mujeres, que no recibían un peso, había millones sin ingresos, con la América Latina de fines de 2015, 2016 y 2017, cuando, después de un período de 15 años en el que hubo en estos 14 países, 11 gobiernos de izquierda, centroizquierda o nacionales populares, podemos ver que la población tenía, en su gran mayoría, algún tipo de ingreso, había mejorado la protección de salud y, en educación, que es un fenómeno aparte, también había aumentado la inclusión educativa. Entonces, si se mira el vaso medio lleno, se ve que mejoró la inclusión y eso quiere decir que disminuyó la desigualdad, porque la exclusión es una forma extrema de desigualdad. También es cierto que si uno mira con una lente más exigente, diría que no cambió la estructura productiva, no cambiaron las relaciones de clase, porque lo que recibe el capital y lo que recibe el trabajo (lo que se llama la distribución funcional) no aumentó mucho, se mantuvo más o menos igual (solo que, como la torta, es decir, el PBI per cápita, es más grande, la porción mejora para algunos sectores). No hubo tampoco alternativas de desarrollo; es decir, se mantienen algunas cuestiones de la estructura histórica de la desigualdad. Ahí depende también del juicio político que uno tenga. Se puede decir "es mucho", "es poco". Al mismo tiempo, si miro tendencialmente (y no comparo año a año, porque eso a veces puede ser un poco tramposo ya que según lo que se quiera mostrar se puede decir que se mejoró o no), si veo la evolución de los indicadores, si miro la película, la década del 2000 tuvo un signo de mayor igualación, mientras que en la década previa fue de aumento de la desigualdad. O sea, mi balance personal es positivo, porque que haya disminuido la exclusión no es poco en nuestro subcontinente. Por ejemplo, hay un dato que para mí sintetiza la tragedia o el derrotero de América Latina: recién en el 2005, a nivel regional, se logra llegar al mismo nivel de pobreza de 1980, que fue un año malo. América Latina tardó 45 años, según la CEPAL, en recuperarse del aumento de la pobreza y, sobre todo, de la desigualdad, en la década de 1990. Es decir, los gobiernos posneoliberales, más allá del juicio que uno tenga, tuvieron que recomponer mucho, creo que mucho más de lo que suponían, porque no solamente son las cuestiones de esa década, son déficits de larga data de países, sobre todo de poblaciones, de grupos étnicos que habían estado durante décadas, y en el caso de la mayoría de la población de pueblos originarios, siglos sin ningún tipo de protección social por parte del Estado.

Mencionaste dos cuestiones sobre las que querría volver. Una: ¿por qué te referiste a la educación como un "fenómeno aparte"? Y otra: al leer tus trabajos, me parece muy interesante la mirada tendencial. Entonces, la pregunta, más metodológica, sería ¿cómo juegan, respecto a la mirada tendencial o la mirada puntual, dirigida más al hecho que a la tendencia, las pruebas estandarizadas y cómo juega la mirada cualitativa?

Una pregunta o *metapregunta* para estas investigaciones es cómo se evalúa

un período. ¿Cómo decimos si estamos mejor o peor? Parece una pregunta fácil pero no lo es. Y fue muy claro en la Argentina en el período kirchnerista, también en otros países de América Latina. Mi libro *Controversias sobre la desigualdad: Argentina 2003-2013* pone el foco en los diferendos. Quise hacer el libro porque varias voces sostenían que estaba todo bien y otros que estaba todo mal. Entonces, me propuse mirar tendencias, tratar de ser lo más honesto posible con una época, porque mostrar tendencias permite ver algún período que sea un poco mayor que un año comparado con otro. Además, algo que identifiqué, que se me hizo más claro al escribirlo, es que no todos los hechos, no todos los temas tienen la misma temporalidad: que fue más explícito al escribir el libro anterior, pero que se ve evidente también en estas cuestiones, es que no todos los hechos, no todos los temas tienen la misma temporalidad: ni la educación, ni la salud, ni la vivienda siguen necesariamente los ciclos político-económicos que, lamentablemente y sobre todo en el caso argentino, en general van muy unidos, porque cada gobierno termina con algún tipo de crisis económica y social aguda. Entonces, uno ve que, en la disminución de la mortalidad, en ciertas mejoras al nivel de las viviendas... En relación a la educación, hay tres cosas que, comparado (siempre tengo una mirada muy comparativa) con otros sectores (salud, vivienda), en relación al debate académico, tiene una ventaja respecto a otros sectores. Con el de salud, por ejemplo, que hoy está en el centro de las preocupaciones. Hay dos cuestiones importantes para mí. Primero, que la educación es un área de experimentación constante, que les interesa a todos, por razones diferentes: a la izquierda, a la derecha, a la iglesia, a los sindicatos, hay muchos actores y actrices, es un tema público siempre. En ese sentido, es un terreno de experimentación. Además, el debate, en términos generales, aunque sé que hay matices, está de algún modo planteado en América Latina en dos ejes: inclusión y calidad. Lo que impresiona en América Latina es que, a pesar de que los debates están bastante claros, por un lado, las miradas son tan morales, hay una óptica tan decadentista en algunos casos y, por otro, cuando se miran los indicadores, queda ser optimista: hay un aumento de la inclusión educativa, un aumento de la presencia de mujeres en los ciclos educativos. Es decir, América Latina fue exitosa en la cobertura y no es poco. Comparada la educación con otras variables, en las que mejoraron más los más ricos que los más pobres, en términos de inclusión, fueron los países más pobres los que incorporaron grupos étnicos, indígenas, mejoraron en las zonas rurales. Entonces, ahí hay siempre una especie de autoimpugnación y, sin embargo, hay algo que hicimos bien.

Sí, de acuerdo. Ahora, sobre eso, en *Controversias*... decís que hay tendencias contrapuestas. Y una cosa serían las opiniones contrapuestas y otra las tendencias contrapuestas. Allí explicás que, durante las últimas décadas, hubo un avance significativo en el acceso y finalización de la educación obligatoria en nuestro país. Pero también marcás, como "tendencia contrapuesta", el incremento de "desigualdades

internas" en el sistema educativo. ¿Podrías extenderte al respecto?

En relación a la calidad, en la Argentina, hay dos cuestiones importantes. ¿Qué es la calidad? ¿Qué quiere decir mirar la calidad? Primero, la pregunta sobre la calidad es relativamente nueva en los estándares de las discusiones públicas. Hace 30 años existía para los expertos, pero no estaba en el terreno público. Entonces, la calidad se empieza a transformar en una especie de fetiche. ¿Cómo se mide? Es una prueba que, por supuesto, genera grandes descontentos. Hay grandes descontentos con la idea de una prueba y, de hecho, no empiezan en América Latina sino en Alemania cuando le va mal en PISA en 2001. Al mismo tiempo, América Latina creo que empezó a hacerse esa pregunta y empezó a hacer sus propias oficinas de evaluación, entonces me parece que hay una mirada menos tecnocrática que hace 10 años. Yo lo que no sé, no soy experto, es si las pruebas tienen algún sentido... Porque, sino, se tienen, por un lado, las pruebas que probablemente en América Latina van mal y nos va mal (ahora empezó a ir un poco mejor, pero nos va mal). Y, al mismo tiempo, hay creatividad en la juventud, tenés una potencia que a mí me hace pensar que el sistema educativo está haciendo algo realmente bien. Voy a citar algo que te leí hace varios años. Creo que dijiste, quizá te cito mal, aunque lo repito bastante, que "si hubiera sido tan fabulosa la educación argentina, ¿cómo explicamos las crisis económicas? Yo pregunto, ¿alguien me puede jurar, alguien me puede mostrar que la educación era igualitaria, que era homogénea en la Ciudad de Buenos Aires y en las zonas más desventajadas del Conurbano Bonaerense o del Noroeste de nuestro país?". Hay un mito de la Argentina integrada, de la movilidad social que con datos nuevos se puede también debatir. Pero es cierto que si miro eso, comparativamente, en términos de calidad nos va mal como a toda América Latina. No es un consuelo. A mí me interesaba saber si la calidad era importante y no hay tantos estudios. Por un lado, hay una línea que dice que parte del subdesarrollo de América Latina se explica por el déficit de calidad. Por otro, una segunda línea que dice "mirá, cuando hay reactivación económica y se precisa mano de obra, son las empresas que se ocupan de mejorar las calificaciones de las y los trabajadores". En tercer lugar, hay estudios en Estados Unidos, no en América Latina, que explican parte de la alta desigualdad económica se vincula con la desigualdad educativa. Es decir, la desigualdad, en términos de calidad, cuenta, pero creo que ahí hay evidencias aún a elucidar al tiempo que precisamos revisar nuestras narraciones sobre el pasado de nuestro sistema educativo.

Vos utilizás con bastante seguridad el término "calidad". ¿Cómo ves eso?

Yo lo que hago es un mapeo de los debates. Entonces puedo decir que, sobre todo en el trabajo sobre Argentina, hay un debate sobre la calidad. Pero no me atrevería a sumarme al debate sin cuestionarlo ni a dejarlo de lado y decir que no hay que pensar nada en términos de calidad.

Yo me refiero a la definición de calidad. ¿Te parece que es un significante vacío?

En disputa. Lo veo como un tema en disputa y me parece que está más cargado, comparativamente, cuando hablamos de mito, de crítica. Es una especie de caballo de Troya.

## LA ESCUELA, LOS JÓVENES Y EL SENTIMIENTO DE INSEGURIDAD

En otros trabajos estudiaste la percepción de la inseguridad. ¿Cómo influyen los agentes educadores (docentes, familias, la comunidad)? Hablás de "culturas locales de inseguridad", ¿cómo intervienen en la generación de la sensación de inseguridad?

Es una muy buena pregunta. La familia juega de distintas maneras, pero lo que se ve, en general, es que hay un intento de rol pedagógico en educar a los hijos, sobre todo a las hijas, en los distintos cuidados que hay que tener en distintos espacios. Comparativamente con el pasado, hay un incremento del temor familiar y hay cambios en la socialización de las chicas y los chicos alrededor de la cuestión del temor. Que no quiere decir que haya generaciones de jóvenes encerrados porque eso no es así. Pero sí, dentro de lo que es educar a una hija o un hijo, se trata de preparar para la protección frente a los riesgos más que antes. O bien sobre otros riesgos. Por ejemplo, hace poco, con Brenda Focás hicimos una investigación sobre el consumo televisivo y encontramos a padres y madres (hay una cuestión de género fuerte ahí) aprendiendo de los noticieros cuál es el nuevo delito para enseñarle a sus hijas que se cuiden. Eso cambia en los jóvenes y hay todo un debate sobre la idea de los jóvenes *riesgófilos*, una idea aceptada de que los jóvenes no le tienen miedo al riesgo, a la muerte, etc. Empiezan a tener los mismos temores que los adultos y la muerte está presente en muchos jóvenes, sobre todo de sectores populares, no como una naturalización, porque nadie naturaliza la muerte, pero como algo que puede suceder en una suerte de gestión cotidiana de los riesgos. Respecto a los maestros, a los docentes, es una buena pregunta, la verdad que no me la había hecho. Me parece interesante, no conozco tantos trabajos sobre eso. Siempre se habla de los que son amplificadores o apaciguadores de riesgos. Yo podría decir, aunque es una hipótesis porque no lo tengo estudiado, si recuerdo entrevistas con jóvenes y también con docentes, que tienen, en general, un rol de apaciguadores del riesgo. Como que tratan de generar cuidado y protección. Es una impresión por el contacto que tengo con los docentes, pero hay algo ahí que es interesante y que está muy poco explorado.

Los docentes o la educación en general, ¿podrían tener un papel respecto a lo que llamas "racionalización de la inseguridad"?

Me parece muy interesante, la verdad que sí. No se me había ocurrido pero me parece que ahí hay algo que no habíamos visto. Porque están los medios, las familias, está el grupo de pares. Es una buena pregunta: ¿cómo hablan los docentes del tema? Parece una obviedad, pero la escuela no te forma mucho para la vida, porque crecer, cuidarte, envejecer, enamorarte, pero me parece que el tema está muy presente.

Además, los chicos y las chicas a veces están sometidos, a la vez, al temor enorme de los padres, a las angustias y también a la inseguridad, que es un vector de estigmatización, de temor al otro, por lo cual sería muy importante que este tema entrara en la currícula.

Abre una veta distinta, lo mismo que la cuestión ambiental.

Sí, además, pueden trazarse vínculos con la ESI, con el cuidado del cuerpo, con el cuidado de sí. Pensarlo en términos de cuidado propio, del otro. Además es un vector, ya lo sabemos, de autoritarismo. Algunas investigaciones, con todos los problemas que tienen, están mostrando que hay, en muchos países de América Latina, grupos jóvenes autoritarios. No son la mayoría, pero tienen cierta presencia importante, sobre todo en las redes. Además, una cosa que abordo en el libro es que hoy el único "criterio democrático", entre muchas comillas, de exclusión del otro, es el peligro, es el otro peligroso. Entonces, ahí hay algo muy interesante.

Vos decís que el temor en las clases bajas se revitalizó, pero no por su condición de asalariados, sino por la posibilidad de la exclusión.

A mí me empezó a interesar el tema del miedo. Yo había trabajado sobre el delito amateur, sobre una zona gris entre trabajo, escuela, delito. Cuando estaba realizando el trabajo de campo, en 2002, apareció como un tema muy presente en todos los barrios populares, y no solo allí, el temor a, por ejemplo, que oscureciera. Si antes regulaba la fábrica, ahora regulaba el miedo. En rigor, con el miedo al crimen, una mezcla de temores se hacía muy presente. Y ahí hay todo un debate, no solo en América Latina, acerca del miedo al delito, o si son otros miedos que se proyectan, que se amplifican. El temor al crimen es uno de los canales de propagación del autoritarismo. Hay también como un cansancio: la gente está preocupada por el tema de la inseguridad y harta de estar preocupada.

Aquí del temor se pasa a la bronca e impotencia y, muchas veces, al punitivismo extremo. El tema es que esto sucede en toda América Latina, en las ciudades grandes, medianas, pequeñas; en los países con tasas altas, pero también en aquellos con tasas intermedias y bajas de delito. Lamentablemente, esto ha llegado para quedarse como tema social y político en América Latina.

Se me ocurren dos preguntas. ¿Qué diferencia establecés entre "sentimiento de inseguridad" y "temor"? La otra: ¿cómo se vincula la sensación de inseguridad y este clima de temor al futuro, a un futuro sin trabajo, con el suicidio adolescente?

Sobre la primera cuestión, uso la idea de "sentimiento de inseguridad" porque los trabajos de criminología, más cuantitativamente anglosajona, utiliza "miedo al crimen". Y a mí me interesaba mirar distintos relatos sobre inseguridad, distintas narraciones políticas, distintas acciones y también, en relación al temor, no privilegio que el temor sea el único sentimiento, porque también están la bronca, la ira, la impotencia, a veces el alivio cuando se sale indemne de una victimización. Traté de abrir el concepto a

otras dimensiones, sensaciones, acciones, sentimientos. Vos nunca accedés al temor del otro, al sentimiento. Es una cosa que está y no está, está en el cuerpo y no está en el cuerpo. Respecto al futuro, el temor al crimen aparece como relato, como piedra de toque del relato sobre la decadencia. Todas las encuestas en América Latina desde hace al menos dos décadas, cuando se le pregunta a la gente cómo es la inseguridad respecto al pasado o cómo avizora que será el año próximo, responde que siempre es peor. O sea, siempre estamos peor y siempre vamos a estar peor. Es la idea de una debacle, de una pendiente. Eso muchas veces da lugar, al tomar cuerpo, a la sensación de que nadie tiene respuestas, de que nadie sabe qué hacer, a la entrada de voces demagógicas autoritarias. La demagogia punitiva que dice "yo tengo la solución" con las medidas más autoritarias. Entonces ese temor al delito se nutre también de algo que los trabajos de Historia han mostrado en varios países, Sandra Gayol y Lila Caimari en el nuestro, que cada generación tiene un pasado idealizado de un delito que era menos violento, más profesional y esto contribuye a la imagen presente de angustia y temor creciente.

¿Eso lo ves en toda América Latina?

En toda América Latina, hay una constante. Hay encuestas regionales que siguen a todos los países desde hace muchos años. En todos siempre la gente piensa, en números generales, que el país es más peligroso que tu barrio. Entonces, eso es interesante porque se ve el impacto de los medios. Además, salvo alguna excepción en algunos años (en algún momento en Colombia, por ahí Chile), en general, en el 90% de los casos, con la misma pregunta, cada año siempre es peor que el anterior y en todos los países, sin importar las enormes diferencias que hay entre las tasas de delitos de nuestros países, pero la comparación subjetiva es siempre, lo cual es lógico, con las narraciones heredadas en cada país; y como las narraciones las realizan las generaciones mayores (luego los más jóvenes las reciben y reconfiguran), se parte siempre de narraciones de un pasado de armonía idealizada en la mayoría de los casos, si lo contrastamos con las historias nacionales.

## PANDEMIA

¿Te parece que ya es posible visualizar efectos de la pandemia en la composición demográfica de la sociedad?

Hay algo que está estudiado, que es que hubo una gran dificultad en el acceso a los anticonceptivos para todas las mujeres, tanto para el gasto de bolsillo, pero sobre todo por los servicios sociales. Ya hay una proyección del Fondo de Población de Naciones Unidas que muestra un retroceso en términos de derechos sexuales y reproductivos de casi 30 años. Debido a esto, principalmente, hay proyecciones sobre un aumento bastante importante de embarazos en su mayoría no deseados (2.200.000 más en la región), de mortalidad materna, de aborto.

En cuanto a la mortalidad, hay lo que se llama "exceso de mortalidad": se tratan de comparar las tendencias de mortalidad "normales" en un país con

las que ocurren ahora. Se calcula un exceso de mortalidad por la covid-19 que, según los países, va a tener cierta significación. En Argentina se había calculado un 5% pero va en aumento. También cuando uno mira lo que se llama "años de vida potenciales perdidos", no cuánta gente murió sino pondera la edad en que murió en relación con la esperanza de vida del país, se cuentan los años de vida potencial que se perdieron a partir de la gente que murió. Si bien la pandemia afecta mayormente a los adultos mayores en cuanto a la mortalidad, en América Latina, comparada con otras regiones, los adultos jóvenes también tienen mortalidad alta como sus pares de países desarrollados, por las malas condiciones de salud como la presencia de hipertensión, obesidad, por el alto contagio producto de la necesidad perentoria de trabajar.

¿Qué indicios hay de la incidencia de la pandemia en el cambio de dinámica de las familias? Vos explicás que más del 70% de las parejas en la Argentina conviven sin casarse y hay una tendencia a una cierta dispersión, así como a la recomposición de otros tipos de familias. La pandemia obliga al movimiento contrario. Lo que uno ve, por ejemplo, fuertemente en los adolescentes, que ellos quieren hacer su ruta hacia afuera y lo que hay afuera es un terrible enemigo, que es la muerte. Y para resguardarse tienen que volver al hogar familiar. ¿Se puede pensar qué ocurrirá? Algunas familias han tenido que reagruparse. ¿Habrá un estallido?

Una pregunta que está muy presente (vinculada con el tema del cuidado), es si la situación que atravesamos va a implicar una redemocratización de las relaciones de género, si en los barrios las mujeres están haciendo más tareas de las que ya hacían. Antes de la pandemia, en América Latina, las mujeres realizaban tres veces más trabajo de cuidado en las casas que los varones. ¿Quién absorbió todo el trabajo de cuidado adicional en esta pandemia? Por un lado, un estudio realizado en Argentina dice que se profundizaron las desigualdades, que las mujeres se sobrecargaron aún más. Por otro, una investigación realizada en Uruguay muestra que hay diferencias por clase; en los grupos más altos hay una tendencia a una mayor igualdad en las tareas de cuidado, pero en los sectores más bajos, no. Creo que esto es algo así como un "experimento natural". Más allá del corto plazo, hay dudas sobre qué sucederá con la división del trabajo por género al concluir la pandemia. Para algunos especialistas, la mayor cantidad de tiempo que muchos padres están pasando con sus hijos e hijas podría alentarlos a un mayor involucramiento con el trabajo de cuidado en el futuro y acelerar los cambios en los roles de género tradicionales. Sin embargo, también se ha advertido que la mayor carga de cuidados que enfrentan las mujeres se produce cuando muchas están siendo expulsadas del mercado laboral, producto de la crisis económica, lo que podría llevar a un retroceso por el reforzamiento de los roles de género tradicionales. Para mí, el gran ausente, a la vez un actor muy presente pero al que se lo dejó sin voz propia, fueron los adultos mayores. Fueron objeto de cuidado, de preocupación, pero, ¿qué decían los adultos mayores? Este tema es central para

mí: la niñez se debate, sobre la adolescencia se debate, sobre la educación se debate, pero sobre los adultos mayores todavía perduran ideas muy viejas: o vulnerabilidad o infantilización. No sabemos qué va a pasar, pero algo está sucediendo, posiblemente muchas situaciones de crisis, por lo que uno vio cuando "bajó" un poco la pandemia como parejas que se separan. No salen indemnes los lazos familiares de esto. Posiblemente haya una catalización de fenómenos que se hubiesen desarrollado más despacio, pero todavía no lo sabemos. Las relaciones familiares están en el centro de esta crisis y va a haber modificaciones. Por ahora hay muchas reflexiones alrededor de la cuestión del cuidado, hay ansiedad de revisar el cuidado de una manera general. Y también un tema muy poco tratado son los adultos mayores. En el progresismo es un tema del que no se habla.

En este sentido, ¿cómo es el cambio de las relaciones entre las generaciones nuevas y los adultos mayores? Porque los adultos mayores se transformaron en sujetos de peligro y de cuidado. Pero ese cuidado implica un peligro para los otros. Con lo cual se invierte el sentido de los vínculos. Porque si bien los adultos mayores, desde que las mujeres trabajan, cuidan chicos, ahora resulta que, en esa nueva generación, hay adolescentes cuidando adultos mayores. Se ve en la actitud, en el lenguaje del "cómo estás", "no salgas". ¿Cómo juega esto? ¿Es una "rareza"?

Cuidar al adulto mayor está en el orden de las cosas, pero el tema es que la imagen no es la adecuada, diría que refuerzan estereotipos. Pero creo que se reforzaron las imágenes más antiguas de la mirada sobre el adulto mayor, que tienen base en la realidad: adulto mayor vulnerable, adulto mayor frágil. Lo que me parece más notable y más preocupante es que no se les dé un rol protagónico en la voz política sobre esto. Sí hay un objeto de cuidado. Pero es "cuidemos al abuelo, a la abuela". Los adultos mayores son una minoría política central, son el 15 o el 18% de la población. La pandemia reforzó esa mirada de la vulnerabilidad y de la fragilidad. La ausente fue su voz.

Además, si bien existen agrupaciones de jubilados, no hay manifestaciones públicas, no hay voz política ahí.

Que podría ser digital, porque, como lo vimos en una investigación reciente, los adultos mayores se apropiaron de las redes, aprendieron y las utilizaron muchísimo. Tienen mucha actividad digital, lo que contradice imágenes previas, son "recién llegada/os" pero la están explorando y usando en forma creciente en todo el mundo, en nuestra región también.

Es mucho lo que han aprendido.

Han aprendido mucho. Es muy impresionante.

Es que la sociedad, el Estado, las empresas obligan: todos digitalizan los vínculos y no solo por la pandemia…

Lo cual es complicado, porque deja personas fuera. No es solo el tema de la conexión. Hay igual, diferencias de clase muy marcadas: aquellos adultos mayores que no tienen apoyo de familiares con tiempo y dispositivos

para asistirlos en las cuestiones digitales, se le complica y están totalmente excluidos (se vio con los turnos de vacunación). El lado positivo de todo este proceso es que son fuertes incentivos para aprender. En general, me parece que hay algo de tipo político muy interesante.

Que puedan demandar participación es importante. Es un sector que está desocupado y no quiere quedarse encerrado en su casa. Lo cual tiene consecuencias de todo tipo.

En el progresismo es un tema que no tiene la centralidad que debiera, es una minoría política que debería empoderarse como tal, ¿no? Las fuerzas progresistas tienen que revisar su discurso sobre los adultos mayores.

Sin dudas. Quisiera volver a la cuestión del temor, pero ahora desde la pandemia. En tu último libro decís que el origen del temor puede ser el virus, pero el objeto al que se dirige puede ser otro. ¿Te podés extender sobre eso?

Yo tomé algo que había estudiado respecto al tema de la inseguridad. Es un concepto de Hume: que el origen de la emoción puede tener otro objeto. Entonces, puedo tener miedo sobre algo y lo dirijo sobre otra cosa. Uno puede empezar con un temor o miedo puntual y eso se transforma en temor a las personas que tienen tales características, a los extranjeros y, sobre todo una cuestión que es preocupante en América Latina (mucho más fuera de Argentina), que es el creciente temor a otros que parezcan como posibles peligrosos, diferentes, etc. y eso se articula con la xenofobia, sobre todo contra inmigrantes. En un momento en el que tenés una crisis inmigratoria fuerte en América Latina con la cuestión de Venezuela, hay mucha migración que está contenida con el cierre de fronteras, que está inmovilizada y que se va a empezar a mover. Y también se piensa que va a haber más despliegue de inmigración ilegal. Es un tema para estar atentos porque los indicadores de xenofobia anti inmigratoria son muy altos en América Latina.

En este sentido, ¿cómo juega el "desconocimiento del otro" en la construcción de la ajenidad?

Se trata de un elemento peligroso que no podés saber si lo tiene el otro, o no. Entonces, por las dudas, el otro es por definición peligroso. Si ese otro, además, viene de otro lado, no está cuidado, es pobre... En los momentos de temor, los otros estigmatizados de siempre se vuelven objetos centrales de este temor y fobias sociales.

¿Ese temor puede alimentar una política de disciplinamiento? Te lo pregunto recordando la influencia del higienismo, surgido como respuesta a las epidemias de finales del siglo XIX, sobre el sistema educativo.

Creo que sí y también puede alimentar nacionalismos sanitarios autoritarios como "No dejemos entrar a los peligrosos". Además, si se miran los indicadores de xenofobia en América Latina, son altos. Están ahí para ser potencialmente explotados por algún líder autoritario. Si puede haber un regreso al higienismo es interesante. Todo lo que implica el higienismo como distancia, como temor. Es un tema interesante. Una suerte de "neohigienismo".

El temor a los libros, el temor a los objetos. En *El monitor de la educación común* (la histórica publicación del Ministerio de Educación de la Nación) aparecen muchas anécdotas y advertencias sobre el contagio de la tuberculosis, supuestamente transmitido por libros y objetos.

Decías antes que hay que pensar el lugar de los y las docentes en general respecto al temor y la inseguridad, y ahora mencionás el tema del temor más vinculado a todo esto. Hay mucho que pensar en relación a estas cuestiones.

Hay para trabajar mucho y, además, se abre ahora un enorme problema. Ahí tenés dos posibilidades: una, es alentar el individualismo en los alumnos, cada uno en su pantalla; la otra, es pensar en la ronda. Los chicos en una ronda, sentados a un metro y medio de distancia, pero elaborando un cuento colectivo. Cantemos en un coro. Hagamos un grupo, presencial o virtual.

También está la forma en un sentido literal. La idea de la burbuja, de algo que supuestamente nos protege, cuando en realidad es una metáfora muy precaria.

La burbuja es una ilusión.

Exacto, no existe la burbuja. La ilusión es la burbuja. Que la comprendo. Se está usando en todo el mundo esta idea de la burbuja.

¿No te parece que la idea de burbuja marca una fenomenal sensación de desprotección?

Sí y de fragilidad. La burbuja es frágil, la tocás y se rompe. La burbuja vive flotando en el aire y en cualquier momento se puede romper. Denota mucha fragilidad. Denota una idea imposible, además.

Vos hacés mucho hincapié en el tema del espacio público. ¿Cómo incide la pandemia en el uso del espacio urbano por parte de los adolescentes? ¿Qué efectos pueden tener las restricciones a la movilidad de los chicos?

Así como las desigualdades en la conectividad que, por supuesto, para las y los expertos no era una novedad, pero para la sociedad no estaba tan en el centro de las desigualdades, también empezó a pasar algo con la espacialidad en todas sus dimensiones: la distancia mínima o privada al interior del hogar (la posibilidad o no del aislamiento en la casa, ahora la centralidad del contagio intrahogareño), en los barrios, en los transportes, etc. La espacialidad se corrió al centro con la pandemia. Yo no creo en eso de "crisis y oportunidad". Pero hay una pregunta, una reflexión, si se van a repensar algunas formas de uso del espacio urbano. Sobre todo porque hay, de hecho, una revalorización del espacio al aire libre, al menos en las zonas urbanas. Hay situaciones que están mirando de un modo diferente o valorizando en un sentido diferente, no económico, los distintos espacios de la ciudad como espacios a ser vividos, ocupados, etc. Y ahí, volviendo al tema de la inseguridad, había una famosa criminóloga latinoamericana que decía que una ciudad segura es una ciudad habitada, transitada. Lo decía en términos de delito, en la década de 1970. Ahora, a partir de la pandemia, una ciudad segura es una en la que la gente hace

del espacio público el lugar donde desarrolla su vida. Además, han cambiado los ritmos urbanos. En el sentido de que, por un lado, no hay turismo y hay menos tráfico en algunos lugares. Si uno mira el pasado, en general, las pandemias no fueron oportunidades para repensar el futuro. Cuando se acababan, se intentaba olvidar y volver a la "vida normal". No creo que hoy sea igual, tenemos tanta gente pensando que algo podría pasar, que aprovechemos esto para repensar lo urbano. Tenemos y sentimos otra experiencia de la ciudad. No sé cómo va a terminar, pero estamos teniendo otra experiencia de la ciudad que ojalá sedimente en algo nuevo y mejor.

Respecto a las escuelas, desde las construidas a principios del siglo XX, miran para adentro, son cerradas, duras, son oscuras. En realidad, en la década de 1990 se empiezan a abrir un poco. Y, ahora, lo que se busca es que se abran, que abran ventanas. ¿Cuánta inversión hace falta para llamar a albañiles que te hagan ventanas en todas las escuelas? Te lo hacen las cooperadoras, incluso. El momento va contra esa tendencia. Nosotros, en la Provincia de Buenos Aires, en el 2006, hicimos varias escuelas ambientalistas que están muy buenas, en el marco de algo que se aprobó ayer, que es la Ley de Educación Ambiental. Es el mismo equipo el que trabajó en ambos momentos.

Es interesante eso. Porque parece que hay algo de la pandemia que te obliga a ir contra la tendencia a encerrar, a muros fuertes. Literalmente obliga a abrir, en un sentido físico. Objetivo y subjetivo. Es así, va a haber que negociar con esos temores.

Ahí hay un doble juego muy interesante porque te obliga a salir...

Para proteger tenés que estar abierto.

Pero tenés que preparar otra distancia con el otro. En este contexto, ¿el hogar se transformó en algo persecutorio? ¿Cómo funciona? ¿Refugia, pero a la vez es persecutorio? ¿Para los adolescentes?

Es refugio y es una fortaleza no elegida para los adolescentes. Y también ellos han sido objeto de discursos muy complicados (sin que haya datos, porque no los hay), se les dice que son los responsables de la explosión de la pandemia. Aparece esta figura, muy interesante, de las fiestas clandestinas. Lo que te muestran los datos es que aumentaron mucho los contagios en las ciudades pequeñas e intermedias no por estas fiestas sino porque la gente se junta a tomar mate, un asado, el almuerzo del domingo. Hay ahí una figura de las fiestas clandestinas como gran riesgo, una idea del joven desocupado que contagia a los demás sin importarle el otro. Y la verdad es que es una situación muy complicada. Porque, para un joven, las consecuencias de la pandemia son, en general, muy fuertes. Y no pueden ser leídas en términos morales.

¿Cómo se vincula esto con tu idea de grupalidad, de que la grupalidad proporciona seguridad?

Hasta ahora, la gestión de los riesgos, de los temores se hacía en grupo: salir en grupo, estar en grupo, moverse en grupo. La grupalidad en un sentido general. "Cuando llegues a casa

mandame un WhatsApp para que sepa que llegaste bien". Y de golpe, la grupalidad es vista como la forma de contagio. Y la verdad es que esto es difícil. No tengo una solución. Pero no ayudan las miradas hiper normativas y morales que entienden que el que no se cuida es porque no le importa el otro. Eso no es así, no ayuda en nada y además es complicada. La situación es muy compleja. Los estudios que están llevando a cabo colegas, como Pablo Semán y Ariel Wilkis, muestran que todos tenemos relaciones complejas con los cuidados.

Hay una gran discusión alrededor de la escuela en el marco de la pandemia. Se debate, por ejemplo, qué tiene más prioridad, si la educación o la salud. Vos trabajás temas de educación, de salud y sostenés que tienen vínculos pero que no van en paralelo.

Lo primero que tengo que decir es que me llama la atención, pero a la vez lo entiendo, porque no hay gran disponibilidad de vacunas, que no se haya vacunado a los docentes y que no estén en los grupos prioritarios para ser vacunados. Eso me asombra y es lo primero que tengo que decir. ¿Cuántos docentes hay en el país aproximadamente?

Algo más que 1.400.000.

No son tantos para vacunar. Creo que hay una curva de aprendizaje y que están aprendiendo. Así como aprendió el sistema de salud el año pasado (por ejemplo, al principio se enfermaban los agentes de salud y hoy ya no tanto), hay un aprendizaje que tiene que hacer el sistema educativo. No tengo claro si el sistema educativo aprovechó el año pasado para aprender y para hacer algunos cambios que podría haber hecho en relación, por ejemplo, a la arquitectura y a la forma escolar en todas sus gestiones. Me da la impresión de que no tanto. Entiendo que fue un año tremendo pero la educación era un tema central. Hay una curva de aprendizaje que tiene que hacer todo el sistema porque es algo nuevo que el año pasado no la hizo Educación. Posiblemente porque quizá pensaban, como gran parte del gobierno, que la pandemia se iba a acabar en diciembre y la única apuesta era la vacuna. Entonces, quizá se perdió tiempo, dado que la pandemia empezó después que en otros países, para haber generado una curva de aprendizaje a partir de la segunda ola en otros países. Ahora entramos en un momento muy complejo porque, la verdad, hay una sensación bien complicada, ahora nadie sabe cuándo alguien se contagia, si fue en la escuela o no. Falta todavía, como parte de la curva de aprendizaje, ver quién decide cuándo se cierra una escuela. Porque el director o la directora no tiene por qué cargar con esa decisión tan compleja y de corte sanitario. Tampoco hay tanta gente formada para regular todo esto en el sistema, eso lo entiendo.

Mi postura fue, y lo dije públicamente, que vacunaran a los docentes. Y que, además, no pasaba nada si las clases empezaban ahora, en abril o en mayo. ¿Qué se perdía? Lo que sucede es que está jugando la idea, tan antigua como Comenio, de que cada año escolar corresponde una edad; todo el sistema escolar organizado así.

Estoy totalmente de acuerdo.

## MÉTODO Y TRAYECTORIA INTELECTUAL

Tengo una pregunta más bien metodológica. ¿Cómo es tu forma de trabajo? Porque me llamó la atención que, utilizando información cuantitativa, avanzás en análisis cualitativos y hacés una intensa elaboración de toda la información. ¿Cómo trabajás?

En mi trabajo siempre me gustó cambiar de tema y combinar el abordaje cualitativo y cuantitativo. Mi trabajo personal siempre era más cualitativo. Pero siempre me gustó lo cuantitativo. Muchas veces mis preguntas surgieron al mirar datos, con una mirada cualitativa. Me gusta la parte blanda de temas duros, para decirlo de alguna manera. Respecto a la nueva pobreza y al delito, la verdad es que la primera pregunta que me surgió con el análisis de los datos que mostraban la caída de la clase media y los segundos, datos sobre jóvenes en conflicto con la ley que acudían a la escuela o trabajan. En la época del kirchnerismo, mi pregunta surgió porque veía que la gente manejaba datos por un lado y el otro, de manera totalmente confiable pero con conclusiones opuestas. Entonces quise ver qué me decían los datos. ¿Qué hace un trabajo sociológico? Trata de ser lo más honesto posible, trata de armar la mayor cantidad de indicadores para encontrar algún tipo de sentido. Ahora, por ejemplo, que estoy trabajando sobre polarización, va a ser un trabajo cualitativo y cuantitativo, pero en los últimos libros me gustó armar el mapa general de Argentina, de América Latina. Es un desafío y además tiene algo bueno: lo podés hacer solo, con poco dinero. Me gusta armar el mapa de algunas discusiones: me interesa tanto al nivel de los conceptos como al de los datos.

En tu escritura, además, hay algo de ensayo.

Últimamente me gusta escribir más corto o, mejor dicho, más sintético, más "tac". Tratar de decir lo que tenga que decir, ¿no?

## BIBLIOGRAFÍA

Kessler, G. (2014). *Controversias sobre la desigualdad: Argentina 2003-2013*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Kessler, G. y Benza, G. (2020). *La ¿nueva? estructura social en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.